

UN SEGUNDO DE LIBERTAD*

Francisco Pérez de Antón

***Conferencia pronunciada en el Club Rotario de la ciudad de Guatemala el 12 de marzo de 1980**

Cuando la libertad está en peligro de perderse, los seres humanos suelen adoptar simultáneamente dos actitudes muy peculiares. La una consiste en hablar mucho de ella, la otra no practicarla en absoluto.

Y es que de la libertad sabemos muy poco. Como decía el clásico castellano, lo que todos juzgan que saben, es lo que regularmente todos ignoran. Ello explica que acabemos llamando libertad, por ejemplo, a todo aquello que no es marxismo. Tal concepción, cómoda y simplista, pero muy popular, de la libertad conduce generalmente a la comisión de un sinfín de desvaríos con la excusa de preservarla.

De donde resulte necesario, una vez más, situar el tema de la libertad en su justa dimensión, a fin de determinar no sólo cómo se gana, sino en especial cómo se destruye.

En primer lugar, la libertad no se pierde de súbito. La servidumbre es la última etapa de un proceso erosivo causado por dos afilados instrumentos: *el dirigismo económico y la legislación discriminatoria*. Por otro lado, la libertad tampoco surgió por generación espontánea, sino que fue también el resultado de otro proceso, aunque opuesto y diferente. El propósito de estas reflexiones será, por tanto, recordar esos dos procesos, esos dos caminos, por uno de los cuales el hombre conquistó ayer la libertad, mientras que por el otro se dirige hoy hacia la servidumbre.

La era de servidumbre

Dicen los antropólogos que si la historia de nuestro planeta pudiera ser reducida a la escala de un solo año, el *homo sapiens* habría hecho su aparición en ella justamente tres horas antes de la medianoche del 31 de diciembre de ese hipotético año cósmico.

A su vez, el descubrimiento de la agricultura, la domesticación de los animales y la vida sedentaria habrían tenido lugar tan sólo un minuto antes de la medianoche.

No sería sino hasta treinta segundos después que comenzaría la historia escrita. Y con ella surgirían Hammurabi, la civilización egipcia, Creta y los palacios de Knossos y Festos, Pendes, Alejandro, la Roma imperial, los mayas y el descubrimiento de América.

Finalmente, ese período comprendido entre la Revolución Francesa y nuestros días; esos dos siglos fecundos de la revolución científica e industrial; ese intervalo del automóvil, el sufragio universal y la explosión demográfica; ese extraordinario trecho histórico de los antibióticos, el rayo láser, y la llegada del hombre a la luna; esos doscientos años, en fin, de libertad del *homo sapiens* y que nos parecen tan largos y complicados... todo eso... no habría durado un solo segundo.

Nuestra civilización, pues, como ha señalado Karl Popper, vive todavía una libertad infante, tras una era de servidumbre. Pero lo grave es que aún no se ha recuperado del trauma que le produjo el haberse apartado de ella. El hombre todavía siente la atracción hacia los dictados de la horda encabezada por el Macho Alfa y su consejo de patriarcas. Aún arrastra la vergüenza de haber dominado la naturaleza, de haber alcanzado su autonomía por medio de la razón, de haber superado la fase animal colectivista.

Y uno se pregunta, ¿acaso tomó el hombre el camino equivocado? ¿Hizo mal en abandonar la vida de la tribu?

La rebeldía de Occidente o el camino de la libertad

Si examinamos de cerca ese período de tres horas durante el cual el hombre realizó la formidable aventura de la libertad personal, descubriremos una tendencia, extraña y desconcertante a la cual un famoso socialista francés llamaría la perenne enfermedad de Occidente. Esa tendencia fue la permanente inclinación del ser humano a rebelarse contra la especie, de emanciparse de la manada, de convertirse en un ser dueño de sus actos.

El proceso de individuación, sin embargo, no había de ser fácil, porque quienes permanecieron en la manada no cesaron de reclamar al hombre su «antinatural» conducta. Cualquier elemental texto marxista de nuestros días, por ejemplo, refleja los mismos aspavientos colectivistas de hace 10,000 años. Hay que devolver a la especie dice un notorio marxista contemporáneo lo que la cultura de Occidente ha estado sacando de la especie.

He ahí el origen del complejo de culpa.

Y he ahí también la razón del permanente enfrentamiento entre individualismo y colectivismo. La horda no perdonará jamás al hombre el haberse rebelado. Y tratará insistentemente de hacerle regresar al rebaño, no voluntariamente, sino por la fuerza.

Los dos mandatos

Pero el hecho es que el individuo se rebeló. Y lo hizo porque en la tribu no podía hacer nada que no fuera obedecer. La jerarquía de valores colectiva era inapelable. La organización impedía cualquier decisión individual porque todo estaba ya decidido de antemano. La iniciativa personal estaba excluida. Ni la conciencia ni la familia, y no digamos ya la propiedad, le pertenecían.

Por eso rompió con la especie, porque la especie le había despersonalizado. En su interior, el individuo se sabía único y no igual, racional y no bestia, libre y no esclavo.

La rebelión, sin embargo, le haría sentirse culpable, como Adán, del pecado de la desobediencia. Y a partir de ese día, su conciencia se ha venido debatiendo entre dos mandatos opuestos, uno de los cuales le advierte:

Detén tu rebelión. Vuelve a la especie. Reconcílate con el clan. Pide perdón por tu desobediencia. El grupo te protegerá y sólo en él serás libre.

Y el otro le dice:

No te arrepientas. Hiciste bien en rebelarte. No vuelvas a la horda. Sentirte individuo no debe ser causa de culpa, sino razón de tu dignidad. No hagas penitencia por ello. Tú eres el único dueño de tu vida y tu destino.

El segundo de Libertad

Al llegar el Renacimiento, nuestro hombre se inclina por el segundo de los mensajes. Decide entonces abandonar el cercado potrero para andar por sí mismo los caminos. Y con esa decisión abrió el sendero de la libertad, el cual desembocaría tiempo adelante en dos formidables revoluciones, una política y otra económica.

Y de pronto la sociedad humana cambió. Liberadas las energías del individuo, la abundancia creció, millones de vidas humanas fueron salvadas y el *homo sapiens*. se transformó en un ser de dignidad por sí mismo.

Como advierte el profesor Hayek, fue la fuerza invencible del individualismo lo que construyó la civilización. Fue la búsqueda en libertad de los fines individuales, y no la obediencia a unos objetivos colectivos, lo que elevó la dignidad del hombre y su bienestar material.

A la caza del hombre libre

Pero el drama de la libertad no había hecho más que empezar, porque las viejas ideas tribales seguían latentes. Las fuerzas de la especie saldrían una y otra vez a la caza del hombre, tratando de organizar la sociedad bajo las rígidas jerarquías de antaño.

Y hoy, ya en las postrimerías del siglo XX, he aquí que el hombre se encuentra de nuevo acorralado, esto es, encerrado en el corral. Los tramperos de esta formidable operación de caza mayor han sido esta vez más astutos que de costumbre, usando sabiamente la carnada de la *legislación* arbitraria y el cepo de la intervención económica. Ellos son los reclamos modernos utilizados para encerrar al hombre en el coto inescapable del sometimiento.

Por la vía del Derecho tergiversado y la Economía dirigida, la rebelión ha sido poco a poco sofocada. Y el Macho Alfa, hoy conocido por el nombre de Estado, es quien impone otra vez medios y fines a la comunidad humana.

El primitivismo, en fin, se ha hecho carne y habita de nuevo entre nosotros. La libertad individual ha durado escasamente un segundo. Y aquel camino, que tanto costó al hombre abrir y limpiar, ha empezado a cerrarse hoy con la maleza de la servidumbre.

La intervención económica

Tengo para mí por cierto que ese camino de sumisión tiene su origen en la intervención económica, debido a que la causa del agrupamiento primitivo era precisamente económica. En la tribu, el objetivo fundamental era la sobrevivencia. En consecuencia, las actividades y las normas sociales se orientaban a cubrir las necesidades primarias de la agrupación. Por tales razones, el Macho Alfa imponía un rígido control y una severa normativa entre los miembros de la agrupación.

En la era actual, el sistema de control social impuesto por el Estado no es muy diferente. Sólo el nombre ha cambiado. Ahora se llama planificación económica, pero las motivaciones son las mismas.

En la mente del planificador, no sólo hay deseo de poder, intolerancia y rechazo a la libertad, sino también la arqueológica creencia de que los seres humanos no pueden valerse por sí mismos. Según él, la jefatura del grupo debe ejercer una doble función, la de Padre Protector y Nutricio (que es una actividad económica) y la de Padre Corrector y Crítico (que es una actividad política).

Para quienes operan el Estado contemporáneo, la sociedad no ha alcanzado su madurez, ni la alcanzará nunca. De ahí que sea preciso alimentarla, vestirla y alojarla, desde la cuna a la tumba.

Y eso es lo que caracteriza la personalidad del colectivista, una profunda desconfianza en el hombre libre. Las personas son siempre sospechosas y de alguna forma es preciso protegerlas de sus acciones y omisiones. Por eso aspira, como el arcaico Macho Alfa, a tener bajo control a todos y cada uno de los miembros de la tribu.

La planificación es, en definitiva, el imperio de la coacción de un grupo que quiere imponer sus propios valores al resto de la sociedad. Pero además, es el vector de la pobreza y de la vida primitiva. Prueba de ello es que mientras el hombre estuvo sometido al control de los dirigentes de la tribu, no pudo escapar de una condición miserable, lo cual sin duda fue una de las causas de su rebelión.

Y es que libertad no es solamente ausencia de coacción. Es también ausencia de paternalismo. El hombre adulto, el hombre libre, quiere vivir su vida sin que le vigilen, sin que le ordenen, sin que le manipulen. El amante de la libertad confía en los hombres libres, considerando que los verdaderos sospechosos son los funcionarios. Es a estos a quienes hay que vigilar para que no nos organicen, para que no abusen, para que no coarten la vida espontánea. Pero sobre todo para que no disminuyan el nivel de bienestar social.

Nuestro bizantinismo económico

Hace casi 40 años, el profesor Hayek planteó estas ideas que acabo de esbozar en su celeberrima obra *Camino de Servidumbre*, advirtiendo que la crisis de la sociedad contemporánea se debe a la permanente erosión de la libertad económica. La obediencia y el sometimiento de los ciudadanos, afirmaba el insigne Premio Nobel, se logra paso a paso sembrando de trampas legislativas y económicas el regreso a la sociedad libre.

Y es mi convicción personal de que, mientras no comprendamos este hecho, no estaremos en condiciones de defender ni de preservar la libertad.

Tal es la reflexión que quería traerles hoy, la cual, no por trillada, deja de ser en la práctica contradictoria. Trillada, porque todos estamos de acuerdo en la idea de que mientras la Economía se mantenga fuerte, la libertad podrá ser preservada. Y contradictoria, porque todo lo que se nos ocurre para fortalecer la vida económica son más obstáculos legales y más controles económicos.

Es asombrosa la multiplicación, en los últimos meses, de economistas de tertulia que plantean soluciones a cual más peregrina. Y es sorprendente con qué entusiasmo y vehemencia agitan su receta para hacer el arroz con leche.

Para el observador crítico de tanto curandero económico con soluciones de corto plazo y última hora (dizque para preservar la libertad), la atmósfera parece haber empezado a adquirir los tintes del ocaso de Bizancio. La discusión estéril se ha apoderado de la vida nacional como el escolasticismo se apoderó de los habitantes de Constantinopla.

Como ellos, confiamos en que una gran muralla proteja nuestra ciudad. Como ellos, esperamos que las naves cristianas de Roma y Venecia acudan en nuestro auxilio. Y como ellos, desperdiciamos nuestros esfuerzos en el debate inútil de cuántos serafines caben en la cabeza de un alfiler.

Los bizantinos discutían sobre Dios y esperaban que El les salvara; nosotros debatimos sobre la libertad y confiamos que con invocarla será suficiente. Pero ni Dios, ni la libertad acuden cuando los hombres no los buscan con ahínco.

Para preservar la libertad no basta con hablar de ella proponiendo cataplasmas económicas. Lo fundamental, lo necesario, es practicarla.

El próximo segundo

¿Cuál es, entonces, la tarea del próximo segundo? Examinados los caminos de la libertad y la servidumbre ¿podemos extraer de su análisis alguna conclusión útil?

Creo que sí. La libertad será salvada si abandonamos la práctica del privilegio económico, el proteccionismo llevado al absurdo, los controles de precios, las políticas inflacionarias, la intervención económica y la legislación en favor de los grupos en lugar de los individuos.

Yo no quisiera sin embargo, que esta conclusión se interpretara como una manifestación política. Aunque lo cierto es que el país se encuentra ya tan politizado que si uno decide dejar de fumar, enseguida se especula que se trata de una maniobra política de la derecha o de la izquierda

Personalmente, no creo en ese análisis bidimensional del asunto. Porque la cuestión no consiste en si se debe girar a la derecha o a la izquierda. A la gente le importa un cuerno que la política vaya hacia un lado o hacia otro. Lo que la gente quiere es ir hacia adelante y hacia arriba. Y esa no es una cuestión política, sino económica. Pero ese deseo tan natural

de las personas no se logra por la vía de la intervención. sino por la del mercado libre y la libertad de empresa.

No es coartando la libertad económica sino ampliándola como se puede salvar la libertad política. Constantinopla cayó por la decadencia de su comercio. No fue Mahomet II, ni sus cañones, ni sus jenízaros la causa del ocaso de Bizancio, sino su falta de práctica en el ejercicio de la libertad económica.

El camino de la libertad arranca creando prosperidad. Y la prosperidad sólo es posible bajo un orden social de libre empresa, un orden nacido espontáneamente por la interacción de unos medios éticos, jurídicos y económicos, sustentados por una serie de valores, y encaminados a un solo fin que es el bienestar y la felicidad de las personas.

En el próximo segundo de nuestro andar en pos de la libertad, debemos tomar una decisión importante. O volvemos al sistema económico tribal o practicamos el orden espontáneo de la libertad.

Todo dependerá de cómo usemos este tiempo crítico que estamos viviendo. Y de que seamos capaces de convertirlo en un segundo de luminosa libertad y no en una era de sombría servidumbre.

BIBLIOGRAFÍA

- José Tomás Cabot, *Las oscuras raíces del homo sapiens*, Revista Historia y Vida, Madrid.
- Joaquín Garrigues Walker, *La libertad y las libertades*, Revista Cambio 16, Madrid.
- Mariano Grondona, *Estatismo Vrs. Libre Empresa*, Conferencia, Panamá.
- F.A. Hayek, *Camino de Servidumbre*, Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid.
- Francisco Pérez De Antón, *¿Dialéctica o Intervención Estatal?* Revista Competencia, Guatemala.
- Karl Popper, *The open society and its enemies*, Princeton University Press, New Jersey.
- Enrique Tierno Galván, *¿Qué es ser agnóstico?* Tecnos, Madrid.